



**José Luis Lanuza**

△ ▽

△ ▽

△ ▽

## **Disparates criollos y españoles**

Al cancionero criollo le gusta disparatar con sorna y socarronería:

Del buche de una gallina  
salió una perdiz corriendo  
y si no lo quieren creer  
un ciego lo estaba viendo<sup>12</sup>.

Estos ciegos de las coplas disparatadas son los encargados de ver todas las cosas imposibles. Porque hay ciegos de copla, como hay coplas de ciego.

En la puerta de un sordo  
cantaba un mudo,  
y un ciego lo miraba  
con disimulo.

¿Y las cosas que pasan en el fondo de la mar?

En el fondo de la mar  
suspiraba una gaviota,  
y en el suspiro decía:  
«echale sebo a las botas».

-228-

Ese fondo de la mar -suspiradero de toda clase de animales- es lugar común y ripio consentido para cualquier último verso, que es el que vale.

Algunas coplas disparatadas desglosan visiones del mundo al revés:

Las palomas en la cueva,  
los quirquinchos a volar,  
los perros a poner huevos,  
las gallinas a toriar.

O plantean simples imposibilidades grotescas:

Yo vide segar a un zorro,  
  
a un gallo juntar espigas,  
a una gallina trillar,  
creamé que no es mentira.  
  
A la orilla de la mar  
estaba un sapo en cuclillas  
con la navaja en la mano,  
haciéndose las patillas.  
  
Bailando un gato estaba,  
me mordió un piojo,  
le pegué una trompada,

le saqué un ojo.  
Una pulga saltando  
quebró un ladrillo,  
pero un piojo enojado  
sacó el cuchillo.  
Mañana me voy pal monte  
en un sapo redomón...

-229-

Tal vez coincidiera cierta afición indígena con esta clase de humorismo en el que los animales regionales toman una participación tan principal. Ricardo Rojas en *Los gauchescos* cita una copla de este tipo oída a un cantor de Santiago del Estero, pero en quichua. Su traducción aproximada sería:

Ayer tarde yo salí,  
un zorrino cabalgando,  
riendas de lazo del monte,  
silla de corteza de árbol.

Pero de cualquier raza que sea el cantor, no deja de gozar una felicidad elemental en esa imaginación de un mundo grotesco. El disparatador saca las cosas de sus casillas, las libera de toda ordenación preestablecida. Podríamos creer que intenta para su deleite barajar de nuevo las figuras del naipe del mundo.

De ahí que subsistan, y se aferren a la memoria, coplas tan disparatadas como la siguiente, en la que, para mayor disparate, hasta la rima queda burlada:

De las aves que vuelan  
me gusta el chancho;  
de las frutos silvestres,  
las empanadas.

Ya viejos dicharachos españoles esbozaban breves borradores de esta copla disparatadísima. «De -230- las aves que vuelan, el cebón, el cerdo, el cochino», dico uno. Y otro: «De los pescados, el carnero»<sup>13</sup>. Y otro, disfrazado con una prudencia socarrona: «Ave por ave, el carnero si volase»<sup>14</sup>. Quevedo mismo -¿cuándo no?- disparató sobre estos disparates en *La visita de los chistes*, parodiando a su modo un refrán popular que debió ser el modelo cuerdo de todos los disparates posteriores:

De los pescados, el mero;  
de las carnes, el carnero;  
de las aves, la perdiz;  
de las damas, la Beatriz<sup>15</sup>.

En la copla simplota se ensañó la caterva de los disparatadores. A sus preferencias elementales, sin segunda intención, sobrepuso preferencias absurdas que desmoronaban toda realidad. A veces se adivina en el disparatador algo como una gozosa fruición de lo imposible:

Dame un racimo de uvas  
de tus higueras.  
Cuando yo plante viñas  
te daré brevas.

-231-

También las coplas disparatan prometiendo un pensamiento o una narración que no cumplen:

Todas las mañanitas  
del mes de enero  
amanecen las uñas  
sobre los dedos.  
Todos los que se casan  
en días jueves,  
vivirán muchos años  
si no se mueren.

Crean una expectativa y la desengañan. Parecen complacerse en parodiar el estilo sentencioso y aun el profético y en esto se asemejan a muchas profecías burlescas como las pantagruelinas de Rabelais, las de Quevedo y las proverbiales de Pero Grullo que el mismo Quevedo recuerda en *La visita de los chistes*:

Muchas cosas nos dejaron  
las antiguas profecías:  
dijeron que en nuestros días  
será lo que Dios quisiere.

El coplero criollo gusta amagar con un relato que nunca llega:

Señores, escuchenmén:  
tuve una vez un potrillo  
que de un lao era tordillo,  
y del otro lao también.

-232-

Jorge Luis Borges, en un ensayo sobre la índole de los criollos<sup>16</sup>, sostiene que este chasco al oyente es una característica de nuestra poesía popular. «El andaluz alcanza la jocosidad -dice- mediante el puro disparate y la hipérbole; el criollo la recaba, desquebrajando una espectación, prometiendo al oyente una continuidad que infringe de golpe». Y da como ejemplo la última de las coplas transcritas y también estas otras:

A orillas de un arroyito  
vide dos toros bebiendo.  
Uno era coloradito  
y el otro... salió corriendo.  
Cuando la perdiz canta,  
ñublado viene;  
no hay mejor señal de agua  
que cuando llueve.

Es evidente que se aviene bien con la socarronería criolla el suscitar una curiosidad para defraudarla. Sarmiento en París -él mismo lo cuenta en sus cartas de viaje- se fingía muy interesado en la grieta de una pared o en cualquier detalle de un edificio, para reunir a sus espaldas un grupo considerable de abribocas. Después se marchaba, preguntándose con una incredulidad muy fundada:

-233-

-¿Y es éste el pueblo que ha hecho las revoluciones de 1789 y 1830?

Pero ese placer de crear expectativas y matarlas de puro insatisfechas nos viene de lejos. Los clásicos del siglo de oro se divertían con lo mismo. Góngora usó este chiste al principio del romance de don Gaiferos:

Desde Sansueña a París  
dijo un medidor de tierras  
que no había un paso más  
que de París a Sansueña.

Baltasar de Alcázar desplegó igual ilusionismo en un soneto:

Yo acuerdo revelaros un secreto  
en un soneto, Inés, bella enemiga:  
mas por buen orden que yo en éste siga  
no podrá ser en el primer cuarteto.

Es claro que al final el soneto no revelaba nada y se quedaba tan vacío como el de Lope de Vega a Violante y otros parecidos. Y el mismo Lope -en los sonetos atribuidos al Licenciado Tomé de Burguillos- insistió en semejante prestidigitación, quitándole de pronto a la fantasía los cimientos de sus edificios, como si se complaciera en romper por puro gusto el cántaro de la lechera. Así en aquel -234- donde *describe un monte sin saber qué ni para qué*, cuyo último terceto reza, desengañadoramente:

Y en este monte y líquida laguna

para decir verdad, como hombre honrado,  
jamás me sucedió cosa ninguna.

Criollos y españoles practicaron esos falsos adelantos a la imaginación, que luego negaban. Disimularon la nada con aspavientos, artimaña de valentones y jugadores. Es cierto que los nuestros prefirieron hacerlo de una manera más agachada y sobrada y los de España con énfasis, como aquel valentón del disparate cervantino que, después de balandronar ante el túmulo de Felipe II, en Sevilla:

Caló el chapeo, requirió la espada,  
miró al soslayo, fuese y no hubo nada.

Pues ese *no hubo nada*, que nos desvanece de pronto toda fantasmagoría, es lo que nos están diciendo finalmente todos los disparates. Al tender y destender sus falsos telones sobre el mundo nos aleccionan sobre la nada última de las cosas. Y no hubo nada. Como si ellos también -¿quién lo iba a sospechar?- tuvieran en su sinrazón una oculta moraleja ascética.

1941

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

